

Cruzadas

Calificadas generalmente en la Edad Media de viaje a Jerusalén y a partir del siglo XIII de pasaje, debido a su carácter regular, la cruzada, que no figura con este nombre en los textos occidentales hasta el siglo XIII, fue ante todo una peregrinación militar que Joinville llamo peregrinación de la cruz y los escritores del siglo XIV designaban como viaje a ultramar.

Orígenes

Decididas por los papas, que concedían importantes privilegios espirituales y temporales a los cristianos que afrontaban los riesgos del viaje y de los combates para librar el sepulcro de Cristo de manos de los infieles. Las cruzadas se insertan en el cuadro mas amplio de las guerras santas que el Occidente cristiano libro en la Edad Media en todos los frentes en que se encontró en contacto directo con el mundo islámico: España, Sicilia y el Próximo Oriente.

En la península Ibérica se desarrollo, desde mediados del siglo XI hasta mediados del siglo XIII, bajo el impulso de los reyes cristianos, una vasta operación de reconquista sistemática de tierras musulmanas, que tuvo su lejano punto final en 1492, cuando Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla se apoderaron de Granada. Desde sus orígenes, esta Reconquista revistió los caracteres de una autentica cruzada: inspiración y apoyo de la orden de Cluny, concesión por el papa Alejandro II de la indulgencia plenaria a los que tomaban parte en ella: intervención de caballeros venidos del norte de los Pirineos. que dieron a esta guerra un aspecto a la vez francés e internacional. tal como se puso de relieve, por ejemplo, en la conquista (temporal) de Barbastro, en agosto de 1064.

En el Mediterráneo central, los normandos Roger (1031–1101) y Roberto (h. 1015–1085) Guiscardo emprendieron también a partir de 1060, la reconquista de Sicilia, con la bendición del papa Alejandro II, que les envió el perdón de San Pedro. A pesar de su inferioridad numérica, consiguieron expulsar de la isla a los musulmanes, cuyos últimos fortines capitularon en 1091.

Finalmente, tanto la difícil conquista de Sicilia como la ruda empresa de la Reconquista española demostraron a los caballeros de Occidente que podían llevar la guerra contra los turcos, con ciertas posibilidades de éxito, hasta el suelo mismo de Tierra Santa, aprovechando para ello la reapertura de la ruta marítima esencial que unía –por el estrecho de Messina e incluso por el de Sicilia– la cuenca occidental y la oriental del Mediterráneo.

De hecho, La corriente de fieles cristianos a Jerusalén, aunque atenuada en los siglos VII y VIII, no se había interrumpido nunca desde la época romana. A finales del siglo X y comienzos del XI se hizo mas vigorosa, gracias a la desaparición de la piratería musulmana en el Mediterráneo y a la conclusión de un acuerdo entre los fatimies de Egipto y Bizancio, que permitió la restauración del Santo Sepulcro. destruido por AlHakim en 1009, y aseguro a los cristianos el libre acceso a los Santos Lugares.

La peregrinación a Tierra Santa, considerada inicialmente como un acto de fe y de piedad y revestida a partir del siglo IX de un carácter penitencial cada vez mas acentuado, arrastro. desde finales del siglo X, a numerosos grupos de penitentes de toda condición social, convencidos. como el duque de Normandía, Roberto I el Diablo, o el conde de Anjou, Foulque Nerra, de que los sufrimientos del camino borrarían sus mas graves pecados y de que la vista de la Jerusalén terrestre les ofrecería una imagen, imperfecta pero tangible, de la Jerusalén celeste, donde esperaban hallar el eterno descanso. Los peregrinos multiplicaron las fundaciones de monasterios. Uno de ellos fue creado por los amalfitanos, que establecieron también dos hospitales destinados a acoger a los peregrinos, el primero en Antioquía y el segundo en la misma Ciudad Santa. Se echaban así los cimientos de la orden de los hospitalarios.

Obra de mercaderes estas fundaciones, atestiguan que, ya incluso antes de las cruzadas, los occidentales mantenían lazos religiosos y económicos muy estrechos con Tierra Santa. ¶

Venecia, Bari y Amalfi controlaban, en efecto, un fructífero comercio triangular con Bizancio y con los países musulmanes, comercio al que se añadieron, ya en postrimerías del siglo XI Pisa, Génova, que construyeron con este objeto, poderosas flotas asegurando así el transporte de refuerzo de armamento. ¶

No obstante, la existencia de estos vínculos tradicionales entre la cristiandad y el Islam no hubiera bastado por sí sola para crear y luego mantener durante, dos siglos, aquellas poderosas expediciones, si el crecimiento demográfico y, de rechazo, la falta de tierras explotables en Europa, no hubiera lanzado sobre los caminos a numerosos caballeros en busca de fortuna. Tras haber intentado cristianizar las costumbres por la paz y la tregua de Dios la Iglesia procuro encauzar los impulsos belicosos de los caballeros a la lucha contra los infieles. De esta forma, al tiempo que aseguraba la paz en los campos de Occidente, conseguía la liberación de los Santos Lugares y la salvación de una nobleza sobre la que había planeado hasta entonces, dado su género de vida, la amenaza de la condenación eterna.

Así pues, la confluencia de una serie de factores psicológicos, demográficos y económicos, había preparado a Occidente para dar una pronta respuesta a la llamada de la cruzada cuando a finales del siglo XI, los turcos selcúquidos se precipitaron sobre Asia Menor y Siria. ¶

En efecto, estos últimos, tras haber derrotado, el 19 de agosto de 1071, al emperador Romano IV Diógenes en Mantzikert, ocuparon Nicea en 1078 y amenazaron a la misma capital bizantina, Constantinopla. Los emperadores bizantinos, confiando en las virtudes militares de los caballeros occidentales, que habían podido apreciar, ya como adversarios en el sur de Italia en 1071 (conquista de Bari por los normandos) ya como mercenarios, pidieron al papa que los animara a ponerse a su servicio. Esta petición fue acogida por el papa Gregorio VII en 1074, y luego por sus sucesores tanto más favorablemente cuanto que Jerusalén fue ocupada y saqueada en dos ocasiones (1071 y 1077) por los turcos selcúquidos que acogían a los peregrinos cristianos con mucha menos liberalidad que los Árabes y los fatimíes de Egipto. El año 1089, el papa Urbano II y el emperador Alejo I Comneno reanudaron las negociaciones, proseguidas durante el concilio de Piacenza a comienzos de 1095. Para el bizantino las negociaciones no tenían otro objetivo que la defensa de su imperio, pero en el espiral de los papas fue abriéndose paso la idea de una expedición militar para la liberación definitiva de los Santos Lugares. ¶

Tras haber hecho adoptar, en el concilio de Clermont, entre el 18 y el 26 de Noviembre de 1095, dos cánones que extendían la paz de Dios a toda la Iglesia, y anunciado la concesión de una indulgencia plenaria a todos cuantos se tuvieran dispuestos a partir para liberar a Jerusalén, el 27 de noviembre Urbano II invitó a los clérigos y caballeros reunidos en la plaza de Champ-Herm, a emprender el camino del Santo Sepulcro y arrancar la Tierra Santa a la nación impía. El sermón del pontífice fue el acto decisivo que incitó a la muchedumbre a tomar la cruz y hacer voto de marchar a Jerusalén, bajo la dirección del obispo de Puy, Ademar de Monteil, a quien el papa nombró inmediatamente su legado (28 de noviembre de 1095).

Las cruzadas de los siglos XI y XII

En realidad, solo las tres primeras cruzadas llevadas a cabo en los siglos XI y XII, fueron verdaderas expediciones que agrupaban toda la cristiandad occidental para conquistar, defender o librar a Tierra Santa, según la voluntad de los pontífices.

Predicada por iniciativa de Urbano II, la primera cruzada (1095–1099) obtuvo desde el 1 de diciembre de 1095 el apoyo del conde de Toulouse, Raimundo de San-Gilles (1042–1105), al que se juntaron numerosos grandes señores de Occidente, aunque sin la participación de los soberanos. El emperador Enrique IV y el rey de Francia, Felipe I, estaban excomulgados, y el rey de Inglaterra, Guillermo II el Rojo, dudaba en pronunciarse entre el papa Urbano II y el antipapa Clemente III.

Ya antes de que esta cruzada de los barones se organizara definitivamente, grandes multitudes emprendieron por su cuenta el camino hacia Jerusalén. Originarias sobre todo del norte de Francia y de Renania, regiones azotadas por hambres y epidemias desde hacia diez años, atraídas además por los privilegios espirituales prometidos a los cruzados, estas multitudes respondían a la llamada de predicadores populares, como Pedro el Ermitaño (h. 1050-1115), o de caballeros de la pequeña nobleza, como Gualterio de Poissy y su sobrino Gualterio sin Habel (m. h. 1096). Reunidas en Colonia el sábado santo 12 de abril de 1096, aquellas bandas fueron saliendo de la ciudad una tras otra y, por los valles del Rin, el Neckar y el Danubio, se dirigieron a Constantinopla, adonde llegaron unos el 20 de julio y otros el 1 de agosto de 1096, tras haber sufrido grandes pérdidas a lo largo de la ruta, debidas a las reacciones hostiles que provocaron. sobre todo en territorio húngaro y búlgaro, los saqueos y matanzas a que se entregaron algunos elementos aventureros. En Constantinopla debían reunírseles algunos grupos que jamás llegaron a su destino, como el del conde alemán Emiko de Leiningen, que tras haber asesinado a numerosos judíos, sobre todo en Maguncia, acabó exterminado por los húngaros en el sitio de Wieselburg (hoy Mosonmagyaróvár).

Estas matanzas, muy reveladoras de un antisemitismo de raíz religiosa, siempre presto a surgir del inconsciente por la popularidad de la Edad Media, del que fueron también víctimas las comunidades judías de Spira, Worms, Colonia, Treveris, Praga, etc, y otros diversos excesos cometidos por estos cruzados, explican la reticencia con que el emperador Alejo I Comneno recibió a estos grupos, a los que se apresuró a reexpedir al Asia Menor, donde fueron aniquilados por los turcos en Xerigordon y luego en el campo de Civitot, en setiembre y octubre de 1096.

La cruzada popular, que se renovó varias veces con ocasión de la partida de otras cruzadas militares durante los siglos XII y XIII, revela de un lado la brutalidad de las costumbres, pero testifica también de otra parte, la ingenuidad y el vigor de la fe de los cristianos, y tuvo al menos el mérito de mantener un clima de entusiasmo religiosos, que contrastaba con la prudencia política de los barones. ¶

Buena parte de esto último fue el cuidado extremo con que estos barones organizaron sus ejércitos regulares en la primera cruzada. Atendida la elevada importancia numérica de los efectivos agrupados y las dificultades inherentes al aprovisionamiento en ruta, los cruzados se dividieron en cuatro ejércitos, cada uno con su propia composición, mandos, puntos de reunión e itinerarios. ¶

Los elementos precursores del ejército de los franceses del norte, a las órdenes de Hugo de Vermandois (1057-1102), hermano del rey de Francia, Felipe I. llegaron a Constantinopla en noviembre de 1096, tras haber pasado por Lyon, Génova, Roma, Bari y Durazzo (hoy Durrës). Tras haber seguido el mismo itinerario, se reunieron en la capital bizantina, en abril-mayo de 1097, los flamencos y los normandos, que se habían agrupado inicialmente en Brujas y Ruan, a las órdenes respectivamente de Roberto II, conde de Flandes (m. 1111) y Roberto II, Courteheuse duque de Normandía (h. 1054-1134) y de Esteban, conde de Blois y de Chartres. Mientras tanto, había llegado también a las orillas del Bósforo, en diciembre de 1096, el ejército lorenés, que en agosto de aquel mismo año habían reunido en Ratisbona el duque de la Baja Lorena Godofredo de Bouillon (h. 1061-1100) y su hermano Balduino de Boulogne (m. 1118). Este ejército había seguido el itinerario danubiano, no sin dificultades, debido al recuerdo de las depredaciones cometidas meses antes por la cruzada popular. ¶

Concentrado en Toulouse, y mandado por el conde Raimundo de Saint-Gilles, que se había hecho cruzado sin ánimo de regresar ya a Europa y que tenía a su lado al legado Ademaro de Monteil, el ejército de los franceses del sur y de los provenzales siguió, a partir de octubre de 1096, un itinerario puramente terrestre, que cruzando (sin duda) el desfiladero de Montgenèvre y la Italia septentrional, bordeó la costa oriental del Adriático, para avanzar luego a lo largo de la vía Egnatia, hasta alcanzar Constantinopla. Esta última parte del trayecto siguieron también las fuerzas de un cuarto ejército, el de Bohemundo de Sicilia (1050?-1111) y de Tancredo de Hauteville (m. 1112), primogénito el primero y sobrino el segundo de Roberto Guiscardo. Este ejército, tras embarcar en Brindisi, en Italia meridional, llegó a Constantinopla en abril de 1097, al mismo tiempo que los señores del Languedoc.

Alejo I Comneno solo había pedido a Occidente algunos contingentes de mercenarios, que podría utilizar del modo mas favorable a sus intereses. Ahora, al ver llegar a su territorio tan poderosos ejércitos, se sintió inquieto, temiendo los excesos y las ambiciones de sus jefes. Intento, pues, que cada uno de ellos reconociera su soberanía, haciéndoles prestar juramento de fidelidad, en virtud del cual se obligaban a entregarle todas las tierras que ocuparan y que hubieran pertenecido al imperio bizantino antes de la invasión de los turcos, así como a tomar en vasallaje del emperador las nuevas tierras que pudieran conquistar en Oriente. ¶

Presto sin dificultad este juramento primero Hugo de Vermandois, deslumbrado por las riquezas bizantinas, y luego también el ambicioso Bohemundo de Sicilia, quien pidió a cambio ser nombrado gran domestico de Oriente. Pero se negaron a ello Godofredo de Bouillon, por considerarse vasallo únicamente del emperador germánico, y Raimundo de Saint-Gilles, que se comprometió tan solo a respetar la vida y los bienes del basileus.

Como medida de precaución, Alejo ayudo entonces a los cristianos a pasar rápidamente al Asia Menor, donde su valor combativo obligo a los turcos de Nicea, asediada desde el 14 de mayo de 1097, a capitular el 19 de junio, en manos de Alejo Comneno. Pocos días después, el 1 de julio, los cruzados obtenían, contando con sus solas fuerzas, la decisiva victoria de Dorilea y a continuación alcanzaban con bastante rapidez, a despecho del hambre, la sed y los hostigamiento enemigos, la Siria del norte, tras una corta detención, entre el 10 y el 30 de setiembre, en Heraclea. Desde este punto, Balduino de Bolonia y Tancredo marcharon directamente sobre el principado armenio de Edesa, donde en 1098 fundaron un condado, que fue el primer estado latino de Levante.

Pronto Bohemundo de Sicilia sento las bases de un segundo principado cristiano, el de Antioquia, al apoderarse. en la noche del 2 al 3 de junio de 1098, de esta ciudad, asediada desde el 20 de octubre de 1097. Veinticuatro horas mas tarde, el ejercito de Kerborga (Karburha) situaba a su vez a los cruzados, pero estos lograron hacer una salida victoriosa el 28 de junio siguiente. Para estas fechas los cruzados se consideraban ya desligados de todo lazo de vasallaje respecto de Alejo I, debido al repliegue sobre Chipre del continente bizantino, de modo que, a partir del 13 de enero de 1099, emprendieron por su propia y exclusiva cuenta la conquista de Tierra Santa. El Levante islámico, dividido en varias facciones rivales las de los numerosos emiratos turcomanos y la de los fatimies de Egipto, que reconquistaron Jerusalén el 26 de agosto de 1098, disgregado étnica y religiosamente entre turcos sunnitas y Árabes chiitas e ismailies, minado en su interior por la presencia de numerosas comunidades cristianas en Siria del norte (armenios) y Siria del sur (ortodoxos, melquitas y, sobre todo, monofisitas), que favorecían el avance de los occidentales, no pudo ofrecer resistencia al invasor. Tras bordear la costa de Jaffa, donde recogieron material bélico transportado por una flota genovesa, los cruzados conquistaron Jerusalén, al termino de un asedio que solo se prolongo del 7 de junio al 15 de julio de 1099.

Pero los vencedores se vieron inmediatamente debilitados por la partida de numerosos caballeros, que estimaban haber cumplido ya su voto de cruzada. Por otra parte, era imposible recibir refuerzos por tierra, en virtud del provisional reagrupamiento de las tropas turcas, que fueron destruyendo una tras otra, en Anatolia, Las cruzadas de retaguardia que, desde Lombardia, el Poitou. Borgona y Baviera intentaban ganar Jerusalem. En consecuencia, los cruzados encargaron la organización y defensa de sus conquistas al duque de la Baja Lorena, Godofredo de Bouillon, que solo acepto el titulo de defensor del Santo Sepulcro, a fin de preservar los derechos eminentes de la Iglesia sobre el estado latino en trance de formación.

Godofredo de Bouillon solo contaba con 300 caballeros y 2 000 infantes para defender los establecimientos de los cruzados, peligrosamente esparcidos sobre una distancia de 700 Km, desde Edesa a Jerusalén. Tuvo, además, que aceptar las condiciones que las ciudades italianas le imponían por su colaboración. En diciembre de 1099 llegaba a Jaffa, con 120 navíos, el arzobispo Daimberto de Pisa (m. 1107), que consiguió ser elevado al patriarcado de Jerusalén, y luego ser reconocido como soberano feudal del principado de Antioquía, además de poseedor de una cuarta parte de Jerusalén y de la totalidad de Jaffa. ¶

En contrapartida, Godofredo de Bouillon concedía poco después a los venecianos, que acababan de apoderarse de Caiffa (Haifa), la posesión del tercio de todas las ciudades que pudieran conquistar en Levante, así como importantes privilegios económicos y judiciales. De este modo, se lanzaban las bases de la penetración de los mercaderes italianos en los estados latinos de Levante, ya incluso antes de que la muerte de Godofredo de Bouillon llevara a la constitución definitiva del reino de Jerusalén en favor de su hermano Balduino de Boulogne (Balduino I [1100–1118]): este dejó inmediatamente el condado de Edesa en manos de su primo Balduino de Bourg (m. 1131), para organizar los preparativos de la conquista de los puertos de su reino. Las flotas genovesas participaron entonces en la conquista de Acre (1104), al igual que contribuyeron a la creación, por Raimundo de Saint Gilles (de 1102 a 1105) y por sus dos primeros sucesores, del condado de Trípoli, aunque la capital no fue ocupada hasta 1109.

En adelante, los cuatro estados latinos de Levante formaron una especie de confederación, con flojos vínculos de unión, sobre la que el rey de Jerusalén ejercía su autoridad moral. Cubiertos hacia el norte de las posiciones avanzadas del condado de Edesa (Samosata, Maras) y la Cilicia armenia (1108) y contando hacia el este con la protección de las fortalezas que Balduino I logró construir en el territorio transjordano (Val Moyse, Montreal), los estados francos formaban en 1124 (conquista de Tiro) un bastión cristiano tanto más homogéneo y compacto cuanto que su extensión territorial impedía toda comunicación a la vez entre los turcos de Anatolia y los de Mesopotamia y entre Egipto y Siria (conquista del puerto de Ayla en 1116, al fondo del actual golfo de Aqaba).

Quedaban por ocupar las puertas del desierto: Alepo y Damasco. Al poner sitio a la primera de estas ciudades en 1124, los cruzados provocaron la intervención del atabek de Mosul, Aq-Sunqur al-Bursuqi. Su sucesor, Imad al-Din Zangi se apoderó en 1135 de las plazas del trans-Orontes y en 1144 de Edesa. ¶

Inmediatamente acudieron a Occidente en demanda de ayuda algunos obispos armenios y francos. Eugenio III encomendó entonces a San Bernardo la predicación de la segunda cruzada. En esta ocasión se hicieron cruzados el rey de Francia, Luis VII, el 31 de marzo de 1146, en Vézelay, y el emperador Conrado III el 25 de diciembre del mismo año, en Spira. Los dos monarcas llegaron a Constantinopla siguiendo el valle del Danubio.

Sometidos a constantes ataques de los turcos, se vieron al fin obligados a ganar el Levante por mar. Mas preocupados por cumplir su peregrinación a Jerusalén que por combatir, y en desacuerdo, además, sobre la táctica a emplear, se dejaron arrastrar por los barones de Jerusalén a un inútil ataque contra Damasco, y en 1148 reembarcaron sin haber intentado siquiera recuperar Edesa. ¶

Animada por Nur al-Din Mahmud (1118–1174) y luego por Saladino (en árabe Salah al-Din Yusuf [1138–1193]), la contraofensiva musulmana se convirtió en yihad y condujo a la derrota de los cruzados en Hattin, en julio de 1187, y a la capitulación de Jerusalén el 21 de octubre siguiente. ¶

De los dominios francos en Palestina, solo quedaban tres cabezas de puente aisladas, que eran: Tiro, Trípoli y Antioquía. ¶

La noticia de este desastre llegó a Roma ya en el verano de 1187 y conmovió el Occidente. Gregorio VIII ordenó predicar una tercera cruzada. ¶

Respondiendo a esta llamada, Enrique II Plantagenet, Felipe II Augusto y el emperador Federico I Barbarroja tomaron la cruz en 1188. Para asegurar la financiación de la empresa, los dos primeros decidieron imponer un diezmo, llamado saladino. Federico I Barbarroja emprendió la marcha en mayo de 1189, siguiendo el itinerario danubiano. Superando la hostilidad de las poblaciones balcánicas y rompiendo la resistencia de las tropas bizantinas, se apoderó por la fuerza de Filipópolis y de Andrinópolis, obligó a Isaac II Angel (h. 1155–1204) a asegurarle el paso a Asia Menor y derrotó a los turcos en Iconium (hoy Konya), en mayo de 1190. Poco después, el 10 de junio de 1190, parecía ahogado en Cilicia, al vadear el Selef (hoy Goksu).

Privado de su jefe, el ejército germánico se dispersó. Tan solo algunos centenares de caballeros, a las órdenes de Federico de Suabia, vinieron a sumarse a las tropas que, mandadas por el rey de Jerusalén, Guido de Lusignan (h. 1129–1194), habían iniciado en agosto de 1189 el asedio de San Juan de Acre, ocupada por Saladino desde julio de 1187. ¶

Las tropas sitiadoras no recibieron los refuerzos de los ejércitos de Felipe II Augusto y Ricardo I Corazón de León hasta abril y junio de 1191, aunque habían emprendido la marcha, desde Vézelay, en julio del año anterior y, a partir de Génova y Marsella, habían elegido la ruta marítima, considerada más rápida. ¶

Pero los soberanos se detuvieron seis meses en Sicilia, antes de hacerse de nuevo a la vela en Messina, en la primavera de 1191. Además, Ricardo Corazón de León, arrojado sobre las costas chipriotas, fue muy mal acogido por el déspota de la isla, Isaac Comneno, y tuvo que apoderarse de aquel lugar, que en 1192 entregó, con título de reino, a Guido de Lusignan. Al disponer ya de una base segura frente a las costas de Levante, y reforzados por las tropas francesas e inglesas, los cruzados hicieron capitular Acre, el 12 de julio de 1191. Felipe Augusto se volvió a continuación a Francia y Ricardo Corazón de León asumió en solitario la dirección de la cruzada. ¶

Tras derrotar a Saladino en Arsuf y en Jaffa el 7 de setiembre de 1191 y los días 1 y 5 de agosto de 1192, el monarca inglés reconquistó la totalidad del litoral, desde Acre hasta Ascalon, pero no pudo abandonar este punto para marchar sobre Jerusalén, debido a las amenazas a que estaban expuestas las comunicaciones. En consecuencia firmó con Saladino el 3 de setiembre de 1192 una tregua de tres años, que aseguraba a los francos la posesión de la costa, desde Tiro a Jaffa, así como la libertad de peregrinación a Jerusalén, a cambio de análogas facilidades concedidas por los cristianos a los musulmanes que se dirigían a La Meca. ¶

La tercera cruzada aseguraba pues, dentro del nuevo marco territorial del segundo reino de Jerusalén, o reino de Acre, la supervivencia, durante cerca de un siglo, de los estados latinos de Levante.

Las cruzadas del siglo XIII ¶

A pesar de que estos resultados eran muy positivos la tercera cruzada no logró liberar los Santos Lugares. No es pues, de extrañar que durante el siglo XIII la cristiandad occidental multiplicara las expediciones militares de este tipo. Como la experiencia habíamos tratado que el éxito no podía ser fruto de la improvisación alimentada por la fe, las nuevas expediciones tomaron un aspecto nacional: su organización dependía ahora de los soberanos, que disponían de los medios necesarios para llenarlas a buen fin, aunque por otro lado propendían también a subordinar el objetivo espiritual a la realización de sus ambiciones políticas o económicas, como lo demuestran ampliamente las desviaciones que sufrieron las cruzadas en el curso del siglo XIII al ser dirigidas contra Constantinopla, Egipto o Túnez.

Aunque la cruzada alemana organizada por el emperador Enrique VI a partir de 1195 consiguió reconquistar Beirut y Sidon y, de rechazo, restablecer las comunicaciones terrestres entre Acre y Trípoli en 1197 sirvió sobre todo para que el emperador germano realizara las ambiciones mediterráneas de sus antepasados por línea materna, los reyes normandos de Sicilia, imponiendo su soberanía feudal a los príncipes de Antioquía y de la Pequeña Armenia, a los que concedió, a cambio, la corona real. Brutalmente interrumpida el 28 de setiembre de 1197 por la muerte del soberano esta cruzada se presentaba como una expedición militar de nuevo tipo cuya finalidad política real se enmascaraba tras las apariencias de una peregrinación de la cruz. ¶

Esta desviación de la idea de cruzada que no engañó a las masas de los fieles, para las que en adelante los cruzados eran soldados vencidos, apareció en toda su ruda claridad cuando los jefes de la cuarta cruzada consintieron en dirigirla contra Constantinopla, a instancias de los venecianos. Querida por el papa Inocencio III (1198–1216), que deseaba el volver a las expediciones a Tierra Santa su primitivo carácter de peregrinación militar internacional, predicada en Francia por el legado Pedro de Chapua (h. 1160–1242) y por Foulques de Neuilly (m. 1202) transportada por los venecianos al precio de 85 000 marcos que los cruzados se

comprometieron a pagar en virtud del tratado de flete firmado por Godofredo de Villehardouin (m. h. 1229) y por sus compañeros, en abril de 1201, dirigida por Tibaldo de Champagne y luego, a la muerte de este, en mayo de 1201, por Bonifacio de Monierrato (m. 1207) y primitivamente destinada a herir el poderío musulmán en Tierra Santa en su corazón egipcio de Babilonia (El Cairo), la cuarta cruzada desembocó paradójicamente en la conquista de la ciudad de Zara (Zadar) a expensas del rey de Hungría y en beneficio de Venecia, en noviembre de 1202 y luego en la doble conquista de Constantinopla la primera en favor del destronado emperador Isaac II Angel, el 17 de julio de 1203, y la segunda en provecho de los propios cruzados y de los venecianos el 13 de abril de 1204. En compensación por los 35 000 marcos que todavía les adeudaban sus clientes, los venecianos, que ya habían sido retribuidos con la conquista de Zadar, se hicieron ahora dueños de un cuarto y medio de la Romania, es decir, del imperio latino de Constantinopla, fundado tras el saqueo de aquella capital. La elección de nuevo emperador, llevada a cabo el 9 de mayo de 1204, recayó en la persona del conde de Flandes, Balduino IX. ¶

Desviada de su itinerario y alterada su espíritu por los fines lucrativos y políticos de sus miembros, la cuarta cruzada puso, sin embargo, un termino, el menos aparente, al cisma de la Iglesia ciega de Constantinopla. Y, sobre todo, imperio bizantino aliado, reticente e inseguro, fue sustituido por un imperio latino que no regatearía su apoyo a los cruzados. Además, al provocar o propiciar la formación de nuevos estados francos en Levante –imperio latino de Constantinopla (1204–1261), reino de Tesalónica (1204–1224), principado de Morea (1205–1428) y ducado de Atenas (1205–1456)– y al facilitar constitución de un imperio comercial insular veneciano, reforzó el dispositivo político militar de la cristiandad occidental cerca de Tierra Santa y ponía a disposición de los futuros cruzados bases avanzadas capaces de asegurar un despliegue más fácil de sus fuerzas marítimas y terrestres.

La desviación de la cuarta cruzada solo pudo ser absuelta por el papa Inocencio III en la medida en que tuvo su prolongación natural en la realización de una nueva cruzada, única que puede ser considerada puramente pontificia. Esta quinta cruzada fue predicada a partir de 1213 por orden del papa, pero no fue proclamada hasta noviembre de 1215, en el cuarto concilio de Letrán. Estuvo animada primero por el rey de Hungría, Andrés II (1205–1235), que no logró apoderarse de la fortaleza musulmana del monte Tabor, que desde 1210 dominaba la llanura de Acre (1217). Cruzados frisonos, renanos y luego italianos, franceses, ingleses y españoles, bajo la dirección del rey de Jerusalén, Juan de Brienne (1210–1225), pusieron sitio a Damietta. El sultán Al Malik al Kamil (1218–1238) intentó poner fin al asedio proponiendo restituir a los latinos el territorio del antiguo reino de Jerusalén a excepción de Transjordania. ¶

Pero el legado Pelagio juzgó preferible ocupar Egipto, se apoderó de Damietta el 5 de noviembre de 1219 y arrastró al rey Juan de Brienne a una expedición contra El Cairo, que se saldó con un desastre y obligó a los cruzados a restituir el puerto egipcio. ¶

También el papa Honorio III hizo predicar una sexta cruzada para obligar a Federico II a cumplir el voto que había hecho en 1215. Con este designio, consiguió incluso que el emperador se casara con la heredera del reino de Jerusalén, Isabel, hija de Juan de Brienne (1225). Pero dado que desde 1220, Federico daba continuas largas a su partida, recurriendo a los más diversos pretextos, fue excomulgado por el papa Gregorio IX. en 1227, y sus estados castigados con el entredicho. ¶

Vivo ejemplo del desprecio al temor de Dios, Federico II no renunció entonces, en expresión de Paul Alphandery y de Alphonse Dupront, al placer de cumplir su voto de cruzada a despecho de la excomunión pontificia. Se embarcó el 28 de junio de 1228, y con suprema habilidad hizo que el sultán de Egipto, Al Malik al Kamil, le cediera a título personal, y sin tener para nada en cuenta los derechos de la Iglesia los Santos Lugares. Por el tratado de Jaffa de 11 de febrero de 1229, que establecía una tregua de diez años entre los dos soberanos, Federico adquiría de hecho Jerusalén, previamente desmilitarizada Belén, Nazaret, así como las rutas y aldeas que permitían el acceso a estos lugares desde San Juan de Acre, es decir, Ramia y Lydda al sur, Toron (hoy Tibmn) al norte e incluso el hinterland de Sidon. De este modo, quedaban aseguradas las comunicaciones terrestres entre el reino de Jerusalén y el condado de Trípoli.

Aunque este acuerdo entre un excomulgado y un infiel revestía un carácter escandaloso a los ojos del papa, cuyo representante en Oriente, el patriarca de Jerusalén, se negó a imponer a Federico II la corona real, que el emperador se ciñó personalmente el 17 de marzo de 1229, el pueblo menudo cristiano solo retuvo el hecho de que fue Federico II quien rescato el Santo Sepulcro, tras cuarenta y dos años de cautividad. Los prisioneros cristianos liberados por la política de Federico veían en él la marca de Dios. La paradoja llegaba a su límite extremo. ¶

La obra del emperador se desmoronó rápidamente, debido a las incesantes luchas civiles que enfrentaban a los barones sirios, y más en concreto a Juan de Ibelin (h. 1200–1266), con el mariscal Riccardo Filangieri, representante personal de Federico II en Levante. Nuevas cruzadas tuvieron que rehacerlo ya conseguido: Tibaldo IV de Champagne (1201–1253) y el duque de Borgona Hugo IV (1213–1272), que en 1239 fracasaron ante Ascalon; Ricardo de Cornualles (1209–1272), que en 1241 consiguió del sultán Salah al-Din Yusuf (Saladino II [1229–1261]) la firma de un tratado que ampliaba las cláusulas del de 1229, ya que en él se les reconocía a los cristianos la posesión de la Galilea oriental, restituyendo así al reino de Jerusalén sus fronteras de 1187.

Pero al ser sustituida la alianza germano-egipcia por otra franco-damascena, los barones guelfos incitaron al sultán Saladino II a aliarse con los jwarizmianos, que en 1244 se apoderaron de Jerusalén y en octubre del mismo año derrotaron el ejército franco-damasceno en Gaza.

Intentado reparar este doble desastre el papa Inocencio IV hizo que el concilio de Lyon de 1245 decidiera la predicación de una séptima cruzada. El rey de Francia, Luis IX, que ya en 1244 había hecho voto de cruzarse, abandonó París el 12 de junio de 1248, se hizo a la mar en Aigües-Mortes y llegó a Limassol en el siguiente setiembre, desde donde partió en dirección a Egipto en mayo de 1249, con la intención de herir en el corazón a la potencia musulmana detentadora de los Santos Lugares. Se apoderó sin dificultad de Damietta el 6 de junio de 1249, pero luego fue derrotado en Mansura, a consecuencia de una temeraria imprudencia de su hermano. Roberto de Artois (1216–1250). Obligado a replegarse sobre Damietta, en vez de avanzar hacia El Cairo, tuvo al fin que rendirse, el 6 de abril de 1250. Solo recobró la libertad a cambio de la devolución de Damietta y contra el pago de un rescate de 400 000 besantes al jefe de los mamelucos que, en el entre tanto, había expulsado del poder, en su propio beneficio, a los ayubíes. Luego, el monarca francés permaneció durante cuatro años en Tierra Santa, desde el 13 de mayo de 1250 al 24 de abril de 1254. Aunque envió a sus hermanos a Europa con la intención de promover una nueva cruzada, su llamamiento no pudo ser escuchado por los Hohenstaufen, contra los cuales predicaba justamente entonces la cruzada el papa Inocencio IV. El rey de Inglaterra, Enrique III, aceptó tomar la cruz, pero luego se apresuró a obtener del papa permiso para suspender su partida. Tan solo la tropa de pastorcillos acudió en ayuda del monarca francés, de modo que este tuvo que limitarse a practicar en Palestina la política que consentían las circunstancias. Apaciguó las querellas intestinas de los príncipes de los estados francos, reorganizó las defensas de sus últimas plazas fortificadas y, a imitación de Federico II, negoció útiles acuerdos diplomáticos con los mamelucos de Egipto y con el gran kan de los mongoles. ¶

Pero, tras la partida del rey de Francia, la situación volvió a deteriorarse en Levante. Los francos de Jerusalén no comprendieron el interés de la alianza con los mongoles, cuyas vanguardias anegaron en 1260 los principados ayubíes de Siria. Al estrechar los lazos con los mamelucos de Egipto, a quienes los cruzados suministraron vituallas cabalmente aquel mismo año de 1260, permitieron que el sultán Baybars (1223–1277) se apoderara no solo de los puertos francos del sur (Jaffa, Arsuf, Cesarea), sino incluso de Antioquía, cuya caída, en 1268, completó el cerco total del territorio de Jerusalén por las tropas de este soberano, que se permitió además actuar de árbitro en las querellas intestinas que volvieron a resurgir entre los francos de Levante y sus aliados italianos (guerra de San Sabas, 1256–1258, guerra naval veneciano-genovesa, a la que solo el rey de Francia consiguió poner fin por el acuerdo de 1270).

La noticia de estos desastres explica que Luis IX volviera a tomar la cruz, el 24 de marzo de 1267 y que organizara la actual cruzada, esta vez dirigida contra Túnez, pues al monarca francés se le había hecho creer

que el soberano hafsi solo esperaba su llegada para convertirse al cristianismo. El temperamento generoso del santo rey reacciono en el sentido de la acción acordada. Pero, víctima de una epidemia de peste, murió a las puertas de la ciudad de Túnez, el 25 de agosto de 1270. Su hermano Carlos de Anjou (1226 1285), convertido en jefe de la cruzada, se apresuro a firmar la paz con Túnez, en términos ventajosos para su reino. ¶

A pesar de los generosos esfuerzos del príncipe Eduardo de Inglaterra, y a pesar también de los del papa Gregorio IX para hacer que todos los soberanos de Occidente tomaran la cruz tras la proclamación solemne de la unión de las Iglesias, que hacia entrar el imperio bizantino en la obediencia romana, Occidente renuncio a defender los estados latinos de Levante, socorridos únicamente por un puñado de venecianos y aragoneses, cuando el sultán mameluco Qala'un (m. 1290) acometió su conquista sistemática a partir de 1285. Tras la caída de la ciudad de Acre (18 de mayo de 1291) y de su ciudadela (28 de mayo del mismo año), los cristianos de Oriente se replegaron, durante el verano de 1291, sobre Chipre, que resistió el islam mameluco y, mas tarde. al otomano, hasta 1571.